

tolomé, pidiéndole que pacificase por todos los medios posibles la isla, que pusiese en inmediata explotación las minas y que castigase severamente á los indios que atentaran contra la seguridad personal de los colonos.

Convencido de que el verdadero tesoro de la isla era el que Miguel Diaz habia encontrado en las minas de Hayna, mando á Bartolomé que trasladara la colonia á sus inmediaciones y que formase un puerto de mar cerca de aquella parte de la isla, para que fueran hasta él las embarcaciones á recibir el precioso metal.

Aguado, al despedirse de Colon, partió á Sevilla, en donde habló con Scria; éste le dijo dónde se hallaba el obispo Fonseca, y corrió inmediatamente á su encuentro.

Colon dispuso que los indios que habia llevado consigo quedasen en Sevilla, y se dirigió al convento de la Rábida á esperar allí las órdenes de los soberanos.

Una nueva desdicha le esperaba allí.

Fray Juan Perez de Marchena, su protector, su amigo, se hallaba postrado en el lecho, próximo á abandonar para siempre la tierra.

Aún no habia perdido el conocimiento cuando Colon pudo llegar hasta la cabecera de su lecho, besar sus manos y oír su inspirada palabra.

CAPITULO XLV.

Consejos de un moribundo



o podia penetrar el almirante en el santuario de Santa María de la Rábida sin conmoverse profundamente.

Mirando desde allí todo su pasado, tenia que dar gracias á la Providencia; porque si bien era verdad que sus desdichas habian sido grandes, tambien era cierto que en los mayores conflictos le habian dado resignacion bastante, fuerza suficiente, para soportar los rigores de la desgracia, y encontrar en el fondo de su corazon fe y esperanza para sí; caridad para sus enemigos.

Aquel Santuario habia albergado su pobreza, habia sido el espacio donde habia respirado la atmósfera de la virtud, de la ciencia, del amor á Dios, su hijo querido Diego.

Allí, en aquellos silenciosos claustros, habia confiado sus planes á fray Juan Perez de Marchena, habia escuchado sus consejos y su estímulo, y habia alimentado las esperanzas que, al convertirse en realidad, al mismo tiempo que la corona de la gloria, ceñia á sus sienes la corona del martirio.

¡De cuán distinta manera habia entrado por aquellas puertas en las diferentes épocas de su vida que habia pasado sus umbrales!

La primera vez le acompañaba la miseria.

La segunda la gloria.

tolomé, pidiéndole que pacificase por todos los medios posibles la isla, que pusiese en inmediata explotación las minas y que castigase severamente á los indios que atentaran contra la seguridad personal de los colonos.

Convencido de que el verdadero tesoro de la isla era el que Miguel Diaz habia encontrado en las minas de Hayna, mandó á Bartolomé que trasladara la colonia á sus inmediaciones y que formase un puerto de mar cerca de aquella parte de la isla, para que fueran hasta él las embarcaciones á recibir el precioso metal.

Aguado, al despedirse de Colon, partió á Sevilla, en donde habló con Scria; éste le dijo dónde se hallaba el obispo Fonseca, y corrió inmediatamente á su encuentro.

Colon dispuso que los indios que habia llevado consigo quedasen en Sevilla, y se dirigió al convento de la Rábida á esperar allí las órdenes de los soberanos.

Una nueva desdicha le esperaba allí.

Fray Juan Perez de Marchena, su protector, su amigo, se hallaba postrado en el lecho, próximo á abandonar para siempre la tierra.

Aún no habia perdido el conocimiento cuando Colon pudo llegar hasta la cabecera de su lecho, besar sus manos y oír su inspirada palabra.

CAPITULO XLV.

Consejos de un moribundo

No podia penetrar el almirante en el santuario de Santa María de la Rábida sin conmoverse profundamente.

Mirando desde allí todo su pasado, tenia que dar gracias á la Providencia; porque si bien era verdad que sus desdichas habian sido grandes, tambien era cierto que en los mayores conflictos le habian dado resignacion bastante, fuerza suficiente, para soportar los rigores de la desgracia, y encontrar en el fondo de su corazon fe y esperanza para sí; caridad para sus enemigos.

Aquel Santuario habia albergado su pobreza, habia sido el espacio donde habia respirado la atmósfera de la virtud, de la ciencia, del amor á Dios, su hijo querido Diego.

Allí, en aquellos silenciosos claustros, habia confiado sus planes á fray Juan Perez de Marchena, habia escuchado sus consejos y su estímulo, y habia alimentado las esperanzas que, al convertirse en realidad, al mismo tiempo que la corona de la gloria, ceñia á sus sienes la corona del martirio.

¡De cuán distinta manera habia entrado por aquellas puertas en las diferentes épocas de su vida que habia pasado sus umbrales!

La primera vez le acompañaba la miseria.

La segunda la gloria.

La tercera el desengaño.

Difícil fué para los venerables frailes del monasterio reconocer al que algunos años ántes habia llegado allí en medio de las aclamaciones de todo el mundo, para prepararse á recibir el mayor homenaje que hasta entónces habian tributado los hombres á mortal alguno.

Los años, duplicados por los disgustos, habian marcado en su rostro las huellas de una prematura vejez.

Durante los tres meses de navegacion habia crecido su barba y se habia cubierto con cenicientas hebras, que acentuaban más y más su fisonomía.

Como si adivinase Colon el recibimiento que iban á dispensarle, habia renunciado á sus galas y vestia una humilde túnica, sujeta con una cuerda alrededor de la cintura.

Durante los momentos de peligro en el mar habia hecho voto de vestir aquel traje durante un año, y lo cumplió al saltar en tierra.

Iba á buscar en el santuario las fuerzas que le faltaban para luchar con sus enemigos.

Iba á pedir á fray Juan Perez de Marchena saludables consejos, y al saber que el infeliz anciano yacía en el lecho de la muerte, fué inmenso su dolor.

¿Era aquello señal de que el favor divino le abandonaba?

Pero aún no habia muerto el venerable sacerdote.

Aún resonaba su débil voz en su humilde celda.

Aún podia acercarse á los piés de su lecho á recibir de sus débiles manos la bendicion.

Fray Juan Perez de Marchena moria como el justo.

Sus ojos apagados se reanimaron al escuchar la voz de Colon, al reconocerle, al sentir el ósculo que con veneracion y respeto imprimió en su mano.

—Padre mio, exclamó Colon, aún llevo á tiempo para pe-

diros que imploreis de la piedad divina las fuerzas que necesita mi abatido espíritu; aún llevo á tiempo para recibir vuestra bendicion.

—Sí, amigo mio, sí, murmuró débilmente el anciano; yo os bendigo con toda mi alma, yo imploraré del Altísimo la proteccion que necesitais. Todas esas contrariedades que se oponen á vuestras esperanzas son vehementes indicios de los altos fines para que os reserva la Providencia. Pero la inquebrantable fe de vuestra alma, la inmensa caridad que sentís en vuestro corazón, hace vuestro elogio y os alcanzará el premio divino. Escuchad, escuchad con fe la voz de la esperanza; no abandoneis la senda que os habeis trazado desde el primer instante de vuestra vida; sufrid con resignacion los golpes de la fortuna, y el día de la justicia llegará para vos, día sublime, en el que alcanzareis el premio, en el que no solo conseguireis la admiracion de los hombres, sino el respeto y la veneracion de los cristianos.

El esfuerzo que hizo el padre fray Juan Perez de Marchena para pronunciar estas palabras le debilitó en extremo y no pudo hablar más.

Aquella misma tarde, cuando las campanas del monasterio tocaban á las oraciones, el prior del convento exhalaba el último suspiro en medio de las lágrimas fervientes de los que habian admirado sus virtudes en vida, y no dudaban de que su espíritu subia al cielo á recoger el premio que le brindaba la Divinidad.